

Los cuidados humanitarios y los pequeños detalles en lugares deshumanizados

Paul Bouvier*

Paul Bouvier es asesor médico superior del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) en Ginebra, Suiza. Es médico especializado en pediatría y en salud pública, y su interés se centra particularmente en la vulnerabilidad, los traumas y la resiliencia de las víctimas de violencia. Desde 1979, ha visitado o se ha desempeñado como médico en diferentes lugares de detención en varios continentes. Actualmente, sus funciones en el CICR se relacionan con cuestiones de salud y de ética en la acción humanitaria, así como la formación de profesionales humanitarios en el ámbito de salud pública durante situaciones de crisis y conflicto armado.

¿En qué consiste la acción humanitaria?

*Ce n'était rien qu'un peu de pain,
Mais il m'avait chauffé le corps,
Et dans mon âme il brûle encore,
À la manière d'un grand festin.*

* Las opiniones expresadas en el presente artículo corresponden al autor y no reflejan necesariamente la opinión del CICR. Este artículo fue presentado parcialmente en ocasión de la ceremonia de apertura del primer Congreso europeo de psiquiatría social, que tuvo lugar en Ginebra, el 4 de julio de 2012. La versión en inglés del presente artículo fue publicada en la *International Review of the Red Cross*, vol. 94, n.º 888, 2012.

*Era apenas un trozo de pan,
Pero abrigó mi cuerpo,
Y, en mi alma, arde aún,
Como un magnífico festín.*

Georges Brassens, *Chanson pour l'Auvergnat*

Presento aquí unos breves apuntes sobre pequeños detalles. Pequeños detalles, como una taza de café, unas fotografías de flores, de animales o de paisajes, o unas gotas de perfume. Detalles tan insignificantes que rara vez nos atrevemos a mencionarlos en informes, reseñas o artículos para los medios de comunicación sobre la acción humanitaria en el terreno. Sin embargo, esos detalles tienen a veces un aspecto significativo, incluso de suma importancia, en las actividades del personal del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), en situaciones de conflicto armado y de violencia.

En mi calidad de médico y delegado médico del CICR, he visitado diferentes lugares de detención en varios continentes. En este ámbito, el CICR desempeña su labor como organización imparcial, independiente y neutral en el marco de entrevistas confidenciales en privado con las personas detenidas y de un diálogo confidencial con las autoridades penitenciarias¹. El carácter confidencial de las entrevistas es esencial para proteger a los detenidos y para entablar un vínculo de confianza. El diálogo confidencial con las autoridades aborda las conclusiones y las recomendaciones generales que surgen de observaciones realizadas durante las visitas, así como de los problemas mencionados por las personas privadas de libertad, preservando en todo momento el anonimato de nuestras fuentes de información. El objetivo de estas visitas es mejorar las condiciones de detención y el trato que reciben los detenidos, prevenir o eliminar los malos tratos, así como promover un trato humano y relaciones humanas en los lugares de detención. En 2012, los delegados del CICR visitaron aproximadamente a 540.000 detenidos en 97 países y territorios; entre ellos, más de 26.000 recibieron visitas en el marco de entrevistas en privado. Con frecuencia, los delegados del CICR son las únicas personas que visitan a los detenidos.

En estos apuntes, trataremos principalmente el tema de las visitas a personas detenidas. Puesto que las actividades del CICR son confidenciales, no mencionaremos nombres, lugares ni fechas. Sin embargo, como los lectores podrán constatar, este tipo de problemas se presentan también en numerosos contextos diferentes.

1 CICR, *Ayuda a las personas detenidas*, CICR, Ginebra, 2013, disponible en: <https://www.icrc.org/es/nuestras-actividades/visitas-personas-detenidoas> (consultado en diciembre de 2019). V. también el folleto *Hacer respetar la vida y la dignidad de las personas privadas de libertad*, CICR, Ginebra, mayo de 2019, disponible en: <https://shop.icrc.org/faire-respecter-la-vie-et-la-dignite-des-personnes-privees-de-liberte.html>.

¿Para qué sirve una taza de café?

Esta reflexión surge de dos preguntas planteadas por colegas. Preguntas desconcertantes, sin respuesta evidente. Ambas remiten, sin embargo, a la esencia y a los límites de la acción humanitaria en situaciones de violencia, y al corazón mismo de la ética y de los cuidados humanitarios.

La primera pregunta surgió de una solicitud formulada por un reconocido experto en psicología positiva y en resiliencia, que buscaba un estudio llevado a cabo por el CICR hace algunos años, en el cual, según recordaba, personas a quienes el CICR había asistido mencionaban lo que les había sido de más utilidad y ayuda. Recordaba que estas personas solían mencionar cosas sencillas, gestos de amabilidad, como el hecho de haberles ofrecido una taza de café.

Por una parte, yo podía valorar, sin duda, la importancia de una taza de café; también me daba cuenta de que la visita de un delegado del CICR a una persona detenida, a quien escucha en un encuentro privado mientras comparten una taza de té o de café, un zumo de naranja o unas galletas, puede ser, a veces, un acontecimiento extraordinario. Por otra parte, sin embargo, me resultaba embarazoso hablar de experiencias positivas y de resiliencia en situaciones en las que los detenidos se esfuerzan por sobrevivir en condiciones terribles, algunas veces, víctimas de tratos inhumanos y degradantes o de violencia extrema. Durante nuestras visitas, en la mayoría de las conversaciones en privado, hablábamos sobre la vida en detención, la separación de los seres queridos, las condiciones difíciles, los acontecimientos horribles que habían vivido, la tristeza, los sufrimientos y el dolor. Además, en mi condición de médico, solíamos hablar sobre problemas de salud, afecciones físicas y enfermedades crónicas, así como sobre problemas psicosociales y mentales relacionados con el estado de cautiverio.

En esas circunstancias, una taza de café era, por cierto, muy valorada; sin embargo, temía sobreestimar su valor y, en consecuencia, negar los sufrimientos y los posibles traumas de los detenidos. En este tipo de situaciones, ¿para qué sirve realmente una visita? En verdad, ¿cambia algo una amable invitación a una taza de café?

En un grabado notable de la serie “Los desastres de la guerra”, Goya retrata a una anciana que tiende un cuenco de sopa a una persona hambrienta, moribunda, durante la hambruna que azotó Madrid en 1810, en medio de la guerra por la independencia española². Es, sin duda, un gesto de humanidad. Sin embargo, Goya pone de manifiesto el alcance limitado e irrisorio de este acto con el título: “¿Para qué sirve una taza?”.

Realmente, ¿es esto acción humanitaria? El sentimiento de impotencia en las visitas a lugares de detención

Unos meses después, un médico —que realizaba visitas a centros de detención para el CICR— me formuló la segunda pregunta. Hacía poco que este

2 Paul Bouvier, “Yo lo vi” - Goya como testigo de los estragos de la guerra: un llamado al sentimiento de humanidad”, en la *International Review of the Red Cross*, vol. 93, n.º 884, diciembre de 2011.

colega había regresado de una zona de conflicto donde la tortura era una práctica corriente y prolongada. Los detenidos eran víctimas de golpes constantes y de torturas atroces. El CICR visitaba esos lugares de detención, conversaba con los detenidos, recababa pruebas de los abusos y de los malos tratos y presentaba informes a las autoridades para cambiar la situación. Sin embargo, los delegados observaban pocos progresos en esos momentos y tan solo podían dar fe de la gravedad, del alcance y de la recurrencia de los malos tratos. Nuestro colega constataba las terribles consecuencias de todo aquello. Poco después, el CICR empezó a ofrecer ayuda psicosocial a los expresidarios tras su liberación, además de un acompañamiento psicológico y cuidados en salud mental, si era necesario. Pero las necesidades eran enormes; cientos de personas habrían podido beneficiarse de este programa, pero la capacidad del CICR para prestar este servicio era limitada. ¿Era justo para quienes no podían recibir esta ayuda? Luego se plantearon otras preguntas, aún más cruciales: ¿debía el CICR proseguir con estas visitas? ¿De qué servían, si la tortura y los malos tratos no cesaban? ¿Tenían sentido las visitas? Este colega médico planteaba: realmente, ¿es esto acción humanitaria?

El objetivo de las visitas del CICR a lugares de detención consiste en propiciar y favorecer el trato humano y el respeto de la dignidad de los detenidos, así como mejorar sus condiciones de detención y aliviar su sufrimiento. El CICR sabe, por experiencia, que la perseverancia es indispensable y que, en algunos casos, los progresos se consiguen solo a largo plazo, por medio de un diálogo confidencial con las autoridades, basado en hechos y en un profundo apego a los valores humanitarios. Para que este tipo de visitas tengan sentido, deben influir en las condiciones de detención; mientras que, por su parte, el diálogo con las autoridades detenedoras debe ser constructivo. Si no se cumplen esas condiciones, el CICR puede decidir interrumpir sus visitas y, en última instancia, denunciar públicamente la situación³. Es difícil tomar tales decisiones pues, en esos casos, los detenidos podrían quedar privados de visitas externas, situación que profundiza su aislamiento, su dependencia y su vulnerabilidad.

Instantes de humanidad compartida

En una película realizada por el CICR hace unos años⁴, algunos expresidarios relatan su vida en detención y las visitas del CICR. Esta película presenta sin ambages su sufrimiento, su expresión de desarraigo, su dolor y sus lágrimas cuando evocan los terribles momentos vividos en detención. Algunos intentan describir el aislamiento, los malos tratos... pero, de repente, se quedan en silencio. Les faltan las palabras; aunque hayan transcurrido años desde esa situación, no consiguen hablar al respecto.

3 CICR, *Promover el respeto de la vida y la dignidad de los detenidos*, Introducción, CICR, Ginebra, 2010: <https://www.icrc.org/es/doc/what-we-do/visiting-detainees/overview-visiting-detainees.htm> (consultado en diciembre de 2019).

4 CICR, *A la escucha del silencio*, Ginebra, 1993, DVD, 34 min.

En la película, algunos exdetenidos rememoran las visitas de los delegados del CICR y destacan su importancia. Eso me recuerda las conversaciones en privado con los detenidos, con una taza de té o de café, un zumo de naranja o unas galletas. Algunas veces, la visita llegaba a ser un verdadero encuentro. Hablábamos entonces de nuestras vidas, de nuestras familias, de la naturaleza, de arte y cultura, de nuestras creencias y de nuestros sueños. La mayoría de las veces, se trataba realmente de nimiedades, de pequeños detalles de la vida cotidiana. A veces, surgía un atisbo de humor, y por un momento, la dura realidad se interrumpía con nuestras carcajadas. Eran momentos intensos, de humanidad compartida.

Imágenes de esperanza

Hace unos años, viví encuentros similares durante mis visitas a un lugar de detención particularmente duro. Las necesidades materiales básicas de los detenidos —alimentos, agua, alojamiento y cuidados médicos— estaban satisfechas. Sin embargo, los detenidos sufrían por el aislamiento, la inactividad, la privación de sus objetos personales, las relaciones tensas con los guardias y la incertidumbre respecto a su futuro; todo eso perjudicaba en gran medida su salud física, mental y psicosocial. Como en muchos lugares de detención, una actividad importante del CICR consistía en distribuir y recoger noticias de índole familiar a través de mensajes de Cruz Roja que se intercambiaban entre los detenidos y sus familiares⁵. En ese mismo lugar, el CICR realizaba otra actividad, que era bastante peculiar: los delegados repartían fotografías de paisajes, de animales o de flores. Durante las visitas, era frecuente ver a los detenidos elegir algunas entre una pila de imágenes que les proponía un delegado. Se trataba de una actividad importante, ya que en una visita se distribuían alrededor de veinte fotografías por persona. Había una amplia selección que abarcaba flores, pájaros o animales salvajes, ciudades y edificios religiosos, magníficas puestas de sol en paisajes extraordinarios.

¿Qué hacían los detenidos con esas imágenes? En primer lugar, muchos las colgaban en las paredes de sus celdas, para recordar la belleza que existe en el mundo: flores bonitas, animales fuertes, pájaros que vuelan en libertad, ciudades magníficas, lugares dedicados a la oración y a la vida religiosa... y espléndidas puestas de sol. Además, muchos otros enviaban fotografías a sus familias, a menudo sin ningún comentario, como si las palabras estuvieran de más o como si ninguna palabra pudiera describir lo que querían expresar. Era como si los detenidos dijeran a sus seres queridos: “Estoy aquí y comparto esta imagen con ustedes; les regalo la belleza de la naturaleza y de las ciudades; mi corazón vibra con la belleza de una puesta de sol. Soy humano”.

5 Los mensajes de Cruz Roja (MCR) son cartas abiertas que contienen exclusivamente noticias de orden familiar o privado; voluntarios de la Sociedad Nacional de la Cruz Roja o de la Media Luna Roja o colaboradores del CICR las recogen y entregan personalmente. Los MCR contienen el nombre y la dirección completa del destinatario y del remitente. En los lugares de detención, las autoridades leen los mensajes antes de su distribución. V. CICR, “Restablecimiento del contacto”: <https://familylinks.icrc.org/es/paginas/comotrabajamos/restablecimiento-contacto.aspx> (consultado en diciembre de 2019).

Así era como, de manera sencilla, estas personas expresaban su humanidad. Habían sido víctimas de la guerra, de malos tratos, de separaciones, del aislamiento y de condiciones de detención difíciles. Se las había tratado como si no fueran seres humanos, al margen de la humanidad. Gracias a esas imágenes, sencillamente expresaban sus sueños, su esperanza y, quizás, su pertenencia a la humanidad. Al regalar esas bellas imágenes a sus seres queridos, les demostraban su amor y compartían su humanidad.

Algunos colaboradores del CICR parecían tener aptitudes especiales para relacionarse y demostraban una sensibilidad particular en este aspecto humano de sus actividades. Por ejemplo, las mujeres desempeñaban un papel importante en el equipo de visitas: a ellas se les había ocurrido esta actividad y fueron quienes eligieron las fotografías en internet, las imprimieron en forma de tarjetas postales y organizaron la distribución. Algunos delegados demostraban mucho entusiasmo cuando ofrecían las imágenes a los detenidos y los ayudaban a elegir la más bonita para enviar a sus casas; hablaban de la que habían elegido y de lo que significaba para ellos. Esos momentos eran preciosos.

Pequeños regalos y un reconocimiento mutuo

Algunos detenidos utilizaban estas imágenes de otra manera: en el transcurso de una entrevista privada, elegían una de su colección y se la regalaban al delegado. En un entorno donde se veían privados prácticamente de todo, ese pequeño objeto se convertía en un regalo de valor inestimable. Para esas personas detenidas en condiciones durísimas, el hecho de regalar una imagen al delegado les permitía expresar su propia humanidad y recuperar su dignidad. Ese pequeño regalo desinteresado de parte de una persona sumamente vulnerable y sin recursos daba fe de un sentimiento de reconocimiento mutuo como seres humanos, el reconocimiento de nuestra humanidad común⁶.

Suele suceder que los detenidos ofrezcan pequeños presentes a los delegados del CICR que los visitan. Es posible que el significado de estos obsequios varíe de un caso a otro. Cuando pueden, los detenidos invitan al delegado a compartir una taza de té, una bebida fresca o algo de comer. Ese simple gesto crea una relación en la que se recibe al visitante como si fuera un invitado, lo cual establece cierta simetría y reciprocidad en la relación con el agente humanitario. Por otra parte, muchos delegados con experiencia se consideran como visitantes y se comportan con los detenidos con la cortesía y el respeto que se esperan de un invitado. El hecho de que se les ofrezca algo de beber o de comer es una invitación a un verdadero encuentro, a compartir un instante de humanidad.

Muchas veces, también ocurre que los detenidos regalan un dibujo, un poema o una artesanía. No se lo considera como una respuesta a la supuesta obligación moral de retribuir la visita con un regalo, sino más bien como una

⁶ Paul Ricœur, “L'échange des dons et la reconnaissance mutuelle”, en *Parcours de la reconnaissance*, Éditions Stock, París, 2004, pp. 342 y 352; Paul Ricœur, *Parcours de la reconnaissance*, Éditions Stock, París, 2004. (Edición en español publicada con el título *Caminos del reconocimiento*).

expresión de gratitud y una solicitud de ser reconocidos como seres humanos, con su identidad y su historia, con sus emociones, su sufrimiento y sus capacidades.

Un perfume y unas gotas de dignidad

Un día, durante una visita a uno de esos lugares de detención particularmente difíciles, una colega recibió una solicitud poco frecuente: un detenido le preguntó si podía volver a verlo y traerle un perfume. La delegada quedó un poco perpleja, tanto por la naturaleza de la solicitud como por las normas de seguridad. Por la noche, pidió un poco de agua de colonia a un colega y, al día siguiente, volvió a ver al detenido y le llevó unas gotas de ese perfume. Entonces, con inmensa alegría, el detenido se roció la cara, el pelo y la ropa. Aquel hombre estaba radiante: se puso de pie, miró a la delegada y le agradeció con estas palabras: “¿Sabe que, por primera vez desde que estoy aquí, huelo bien? Me siento como un ser humano”.

Acto seguido, fue al patio a ver a sus compañeros y compartió su alegría y el perfume, frotando su ropa con la de los demás. Los vimos de nuevo más tarde: se nos acercaron felices, orgullosos de compartir que olían bien. Unas simples gotas de perfume les habían permitido recuperar una sensación de dignidad.

Los cuidados humanitarios: del trauma a la resiliencia

Las experiencias y los pequeños detalles descritos anteriormente ilustran algunos aspectos de los cuidados humanitarios y de su valor en lugares de detención difíciles; en ciertos lugares deshumanizados, los cuidados humanitarios pueden aportar unas gotas de humanidad. Los profesionales de la salud que trabajan junto con víctimas de maltrato y de violencia extrema pueden desempeñar un papel determinante para detectar los sufrimientos mentales provocados por la violencia y por condiciones y tratos inhumanos. Permiten sacar a la luz la realidad de los traumas psicosociales y de sus consecuencias. Sin embargo, apenas empezamos a entender y a reconocer los terribles estragos que causan los conflictos armados, la violencia extrema, el trato inhumano o degradante y la tortura en la salud y en la dignidad de las víctimas; y todavía nos queda mucho más por aprender acerca de la manera de ayudar a las víctimas a sobreponerse y a reanudar una vida activa y satisfactoria. Es preciso tener prudencia y moderación antes de sacar conclusiones definitivas sobre el posible papel de las visitas humanitarias a personas que sufren, particularmente en contextos de violencia y deshumanización.

Es fácil negar la existencia de malos tratos y de violencia, así como de sus consecuencias, lo que puede tener graves repercusiones para innumerables personas en los conflictos armados. La violencia extrema deshumaniza. Produce efectos devastadores para el ser humano: destruye su humanidad. Para los profesionales humanitarios, es doloroso hablar con una persona que ha sido víctima de violencia extrema o de tortura y escuchar su relato de lo que ha vivido. La asistencia a esas víctimas tiene un costo emocional que deja huellas. Richard Mollica, que asistió a numerosas víctimas de tortura, lo denomina el “dolor del que cuida”. En su



Hombre detenido por las autoridades afganas. Afganistán, marzo de 2009. © CICR/VII/NACHTWEY, James



Altiplano occidental, cárcel de Baisu, Papúa Nueva Guinea. Vista del exterior a través de las rejas de la ventana. 4 de mayo de 2012. © CICR/KOKIC, Marko



Bujumbura, cárcel de Mpimba. Escribiendo mensajes de Cruz Roja durante una visita. 7 de mayo de 2001. © CICR/GASSMANN, Thierry



Phnom-Penh, Camboya, cárcel T3. Visita a la cárcel y entrevista con los detenidos. Septiembre de 1993. © CICR/CORRIERAS, Serge



Kinshasa, oficina de la Agencia Central de Búsquedas. Escribiendo un mensaje de Cruz Roja. 7 de agosto de 2000. © CICR/DI SILVESTRO, Jean-Patrick



Lima, Perú, centro de detención de alta seguridad para mujeres, Chorrillos. Delegada del CICR conversa con una detenida enferma en su celda. Mayo de 2007. © CICR/HEGER, Boris

experiencia, el hecho de ser testigo de la violencia puede ser tan difícil de soportar como para quien fue víctima de la violencia⁷. Ese trauma secundario, o “trauma vicario”, proviene del efecto acumulativo de trabajar con personas traumatizadas: afecta los sentimientos, los esquemas cognitivos, los recuerdos, la autoestima y el sentimiento de seguridad del personal humanitario⁸. Estas consecuencias concretas de la labor con personas traumatizadas se han constatado, en primer lugar, en psicoterapeutas y, recientemente, en familiares de prisioneros de guerra⁹, en intérpretes que han trabajado con víctimas de torturas¹⁰ y en abogados que se ocupan de casos penales¹¹.

Los delegados del CICR pueden verse realmente afectados por sus actividades con víctimas de violencia extrema. También pueden ser testigos de la capacidad de algunas víctimas para resistir y mantener su propia humanidad a pesar de las pruebas deshumanizadoras que han vivido. ¿En qué medida las visitas del CICR contribuyen a la capacidad de las víctimas para superar su trauma? Cuando resulta imposible impedir los malos tratos y la violencia, ¿esas visitas facilitan al menos la resiliencia de las víctimas? Puede ser que sí, cuando esas visitas se conviertan en una oportunidad de encuentro, en instantes de humanidad compartida.

Tuvimos la oportunidad de debatir estas cuestiones en una formación. Una colega, que trabajaba como médica en lugares de detención donde la tortura era frecuente, dijo que las cosas no eran así. En su opinión, los profesionales humanitarios pueden verse, en efecto, profundamente afectados por su labor en lugares de detención, pero no por ello se podía decir que las visitas a los detenidos favorecían su capacidad de resiliencia. Contó que un día mantuvo una entrevista en privado con un grupo de detenidos, quienes le describieron cosas horribles, las torturas, el sufrimiento y el dolor. Su relato la conmovió tanto que se puso a llorar. Entonces, los detenidos le hablaron amablemente y le explicaron cómo, todos juntos, conseguían superar su sufrimiento. Se apoyaban unos a otros y, en ese momento, también apoyaban a la delegada que había venido a verlos.

Esta experiencia nos transmite una enseñanza importante. Por una parte, esta delegada era una buena profesional de la salud y del ámbito humanitario: sus lágrimas simplemente expresaban su compasión y su humanidad frente a historias deshumanizadoras, así como la prueba de que, pese a su amplia experiencia, no se había vuelto insensible al sufrimiento. Por otra parte, para los detenidos, era el

7 Richard F. Mollica, *Healing Invisible Wounds: Paths to Hope and Recovery in a Violent World*, Harcourt Inc., Orlando, 2006, p. 31.

8 Pilar Hernández, David Gangsei, David Engstrom, “Vicarious resilience, a new concept in work with those who survive trauma”, en *Family Process*, vol. 46, n.º 2, junio de 2007, p. 231.

9 Rachel Dekel, Zahava Solomon, “Secondary traumatization among wives of Israeli POWs: the role of POWs’ distress”, en *Social Psychiatry and Psychiatry Epidemiology*, vol. 41, n.º 1, 2006, pp. 27-33.

10 David W. Engstrom, Tova Roth y Jennie Hollis, “The Use of Interpreters by Torture Treatment Providers”, en *Journal of Ethnicity and Cultural Diversity in Social Work*, vol. 19, n.º 1, enero-marzo de 2010, pp. 54-72.

11 Lila Petar Vrklevski, John Franklin, “Vicarious Trauma: the impact on solicitors of exposure to traumatic material”, en *Traumatology*, vol. 14, n.º 1, marzo de 2008, pp. 106-118.

símbolo de un encuentro con un ser humano. En ese momento, eran ellos quienes apoyaban a la delegada, la aconsejaban y compartían su experiencia.

El proceso mediante el cual los terapeutas aprenden a superar la adversidad gracias a sus pacientes se denomina “resiliencia vicaria”¹², por analogía con los traumas vicarios, o secundarios, que se observan en personas que trabajan con víctimas de violencias extremas. La resiliencia vicaria se define como el proceso mediante el cual los profesionales reciben una influencia positiva por la resiliencia de sus clientes¹³. Se trata de una evolución interesante para comprender el trauma y la resiliencia, que parece indicar que una verdadera relación terapéutica consiste en un proceso transaccional entre dos sujetos. El elemento central de los cuidados humanitarios reside probablemente en la relación entre el profesional y la persona a quien visita, cuando la visita se convierte en un verdadero encuentro entre dos seres humanos. Cada uno llega a ese encuentro como persona, con su identidad, su historia, sus capacidades y su vulnerabilidad. El fortalecimiento de la resiliencia tras una situación de extrema violencia podría llegar a ser un proceso de humanización mutua.

Los cuidados humanitarios frente a la agresividad

Estas historias que acabamos de narrar describen situaciones en las cuales la relación entre los profesionales humanitarios y los detenidos puede derivar en un encuentro humano. Sin embargo, en sus visitas a lugares de detención, los delegados del CICR deben hacer frente, en algunos casos, al rechazo o a la agresividad. También pueden ser objeto de insultos degradantes por parte de los detenidos, de violencia verbal o incluso de amenazas, o de agresiones con fluidos corporales. Estas situaciones, que pueden ser sumamente difíciles de soportar y de superar, también llegan a ser otro trauma para el personal humanitario.

Numerosos delegados del CICR han vivido estas situaciones. En algunos casos, los detenidos, tras ser liberados, fueron a las oficinas de los delegados para disculparse y solicitar comprensión. Explicaron que no tenían otra manera para expresar su cólera y que sus insultos y su comportamiento agresivo no eran de índole personal, sino, más bien, una manera de comunicarse. Una colega contó que algunos expresidarios le agradecieron su actitud cuando la insultaron porque no reaccionó de forma personal y porque, gracias a su actitud, los ayudó a resistir y a soportar los sufrimientos.

Los comportamientos agresivos de los detenidos, hacia sí mismos o hacia terceros, suelen ser formas extremas de comunicación. En 1975, en una conferencia magistral, el escritor disidente André Siniavski (liberado tras siete años en campos de concentración de la Unión Soviética) mencionó algunas “formas extremas de

12 Pilar Hernández *et al.*, ob. cit., nota 8, p. 230.

13 Pilar Hernández, David Engstrom, David Gangsei, “Exploring the impact of trauma on therapists: vicarious resilience and related concepts in training”, en *Journal of Systemic Therapies*, vol. 29, n.º 1, 2010, pp. 67-83, p. 73.

comunicación en condiciones de soledad”¹⁴. Describió actos inhabituales, extraños o, cuando menos, impactantes, como formas de comunicación “cuando un hombre se encuentra en una situación de bloqueo total”. “Sin salida para el lenguaje, sin necesidad de comunicar, sin salida para la vida misma”, explicaba Siniavski¹⁵. En situaciones extremas de aislamiento, rechazo o indiferencia, los actos efectuados con el propio cuerpo o contra este (huelgas de hambre, mutilaciones u otros actos de violencia hacia uno mismo) deben interpretarse como una “forma particular de comunicación”¹⁶.

Esos actos expresan una protesta extrema, por medio de una forma de comunicación totalmente negativa, de una “ruptura en la comunicación”¹⁷. Diversos estudios antropológicos y lingüísticos recientes sobre los actos extremos de comunicación en tales situaciones llegan a conclusiones similares¹⁸. Los actos agresivos —insultar, arrojar fluidos corporales a los visitantes, ensuciar las paredes de sus celdas con excrementos, hacer huelga de hambre o mutilarse— deberían entenderse, en primer lugar, como actos de comunicación. Constituyen una protesta o expresan desesperación, cuando no hay otra manera de comunicarse. Exhortan a la dignidad y al reconocimiento.

Los trabajadores humanitarios que visitan los lugares de detención deben estar preparados para afrontar tales situaciones a fin de no reaccionar de forma personal o excesivamente formal ante conductas agresivas. Es importante restablecer una comunicación verbal “con” la persona detenida: más que hablarle “a” esta persona, o escucharla, la solución puede consistir en reanudar un diálogo para abrir el camino al reconocimiento mutuo como seres humanos capaces y dignos. Tal diálogo puede permitir entender el significado, las razones y la finalidad de los actos agresivos, así como entablar una reflexión común sobre diferentes formas de comunicar con las personas detenidas o con las autoridades cuando sea posible.

Este mismo tipo de proceso puede utilizarse para el diálogo entre agentes humanitarios y autoridades sobre la manera de favorecer una comunicación positiva en el centro de detención. Por ejemplo, las autoridades pueden reaccionar de forma humana a una huelga de hambre mediante formas positivas de comunicar con los detenidos, como reuniones periódicas con ellos o con sus representantes. Estas reuniones permiten abordar cuestiones importantes y reflexionar juntos sobre posibles soluciones. Una mejor comunicación puede llegar a tener un efecto considerable en el carácter de las relaciones humanas de un establecimiento

14 André Siniavski, “MOI ET ‘EUX’ (Sur quelques formes extrêmes de la communication dans des conditions de solitude)”, en *Solitude et Communication, Rencontres Internationales de Genève - Tome XXV*, Éditions de la Baconnière, Neuchâtel, 1975, pp. 137-167.

15 Ídem, p. 138.

16 Íbid., p. 145.

17 Íbid., p. 145.

18 Lionel Wee, “Extreme communicative acts and the boosting of illocutionary force”, en *Journal of Pragmatics*, Vol. 36, n.º 12, diciembre 2004, pp. 2161-2178; Lionel Wee, “The hunger strike as a communicative act: intention without responsibility”, en *Journal of Linguistic Anthropology*, vol. 17, n.º 1, junio de 2007, pp. 61-76.

penitenciario, con una disminución de la violencia y una mejoría de la salud de los detenidos.

Pequeños detalles como una forma de humanización

La violencia y los conflictos armados tienen efectos graves para las personas, las familias, la sociedad y la humanidad. Los ejemplos de diferentes lugares de detención ponen de manifiesto que la acción humanitaria consiste en cuidar a las personas y en hacer más humanos los lugares deshumanizados. Esta tarea suele exigir una enorme humildad y una confianza sólida en nuestra capacidad como seres humanos para renunciar a la violencia y establecer relaciones respetuosas y constructivas, incluso durante los conflictos armados. También requiere confianza en que, seguramente, los efectos de la acción humanitaria no se podrán constatar de inmediato. Pueden observarse años más tarde, cuando un expresidiario recuerde aquella taza de café o esas fotografías de flores, de animales salvajes o de puestas de sol, esas gotas de perfume... instantes de humanidad compartida. Pequeños detalles que le devolvieron su sentimiento de humanidad y de dignidad, porque se lo trató como un ser humano.

En su excelente libro *Humanity*, el filósofo Jonathan Glover analiza diferentes casos de inhumanidad¹⁹. En su trabajo de investigación, descubrió pocos ejemplos de humanidad; según parece, solo pocas personas tienen agallas para asumir riesgos y dar “respuestas humanas”, como el respeto y la compasión²⁰. Para los prisioneros de Mauthausen o para los judíos de Berlín durante la ocupación nazi en Europa, un simple rostro amable podía cambiarlo todo²¹.

Glover cita el ejemplo del escritor y filósofo Jean Améry, que se acordaba de unos cigarrillos. Tras haber sido torturado en Breendonk, un soldado le lanzó un cigarrillo encendido por las rejas de su celda. Más tarde, en Auschwitz-Monowitz, compartió el último cigarrillo que le quedaba con Herbert Kap, un soldado con discapacidad oriundo de Danzig. Améry recordaba a otras personas que habían tenido gestos de humanidad, particularmente Willy Schneider, un obrero católico de Essen que lo había llamado por su nombre, que ya nadie recordaba, y le había dado pan²². Sin embargo, como indica Glover, Jean Améry se daba cuenta de que ese tipo de gestos eran poco frecuentes. En su libro, Améry explica que el valor de esas personas valientes se desvanecía cuando ya no estaban cara a cara, sino “perdidos en medio de sus compañeros”²³: para él, aquellos gestos humanos no conseguían contrarrestar los innumerables actos de complicidad y de colaboración cometidos por tantas personas. Así, Améry describe las razones de su amargura y de su incapacidad para superar lo que había sucedido. La tortura y los campos de

19 Jonathan Glover, *Humanity - A Moral History of the Twentieth Century*, Pimlico, Londres, 1999.

20 Ídem, pp. 22-23.

21 *Ibid.*, p. 383.

22 *Ibid.*, p. 383.

23 Jean Améry, *Par-delà le crime et le châtement - Essai pour surmonter l'insurmontable*, Actes Sud, Arles, 1995 (traducido del alemán), p. 159.

exterminio lo habían afectado profundamente. No se consideraba “traumatizado”, sino, más bien, “deshumanizado”²⁴.

Magda Hollander-Lafon recuerda también algunos gestos de humanidad en medio del horror y de la inhumanidad de Auschwitz²⁵: en el vagón de carga que la llevaba a Auschwitz, alguien le dio un trozo de salchichón, que compartió con su madre y su hermana²⁶; unos compañeros anónimos le salvaron la vida al darle un poco de agua cuando se desmayó de sed²⁷; el “mezquino carcelero con voz de malo” le dio un par de zuecos y la cuidó mientras trabajaba²⁸; un compañero le dijo unas palabras de fraternidad, de amistad y de ánimo que la ayudaron a seguir viviendo²⁹; y una mujer moribunda le dio cuatro trocitos de pan para que pudiera sobrevivir y dar fe de lo que pasaba en Auschwitz³⁰. Ese tipo de detalles ayudaron a Magda Hollander-Lafon a superar el sufrimiento y a seguir su propio camino de humanización.

Existen numerosas historias de personas que han sobrevivido a la violencia extrema. Cada experiencia humana es única e irremplazable. Así pues, no existen recetas “listas para usar” en el ámbito humanitario. En un momento preciso, en un encuentro entre dos personas, alguien pidió de manera espontánea unas gotas de perfume. Gracias a esas gotas, un detenido se sintió reconocido como un ser humano. Sin embargo, ese mismo perfume podría ser algo insignificante o incluso ofensivo en otro contexto. Los profesionales humanitarios encuentran su propia manera de ayudar. Llevan consigo su propia humanidad, su identidad, su historia, sus capacidades y sus vulnerabilidades. Con suma frecuencia, particularmente en los conflictos armados y en las situaciones de violencia, se enfrentan a los límites y a la impotencia de su labor. Sin embargo, muchos saben, por experiencia, que su capacidad para prestar asistencia a las personas con respeto y compasión, así como con creatividad, puede contribuir a que una simple conversación con personas afectadas —detenidas, civiles, enfermas o heridas— se convierta en un verdadero encuentro, en un instante de humanidad compartida. Esta relación de asistencia humanitaria es la esencia de la acción humanitaria.

24 Ídem, pp. 172 y 208.

25 Magda Hollander-Lafon, *Quatre petits bouts de pain – Des ténèbres à la joie*, Albin Michel, París, 2012.

26 Ídem, p. 90.

27 Íbid., p. 34.

28 Íbid., p. 45.

29 Íbid., p. 51.

30 Íbid., p. 73.